Sevilla

Calle Rioja

Francisco Correal
fcorreal@diariodesevilla.es

Novedad editorial. En puertas de la Feria más aérea de la historia, tres coroneles de Aviación coinciden en la presentación de una novela en el Ateneo

La noche (mágica) de los coroneles

ESTOS dos coroneles de Aviación se conocieron hace 40 años en la base aérea de San Javier, en Murcia. José Clemente era de la promoción del entonces príncipe Juan Carlos. José García Caneiro pertenecía a una promoción anterior. Entonces nació una fértil amistad. Dos militares precozmente aficionados a la literatura. El coronel Clemente dibujó la ilustración de la portada del libro de relatos del coronel Caneiro titulado Una familia de cuentistas. Han vuelto a coincidir en Sevilla, donde Clemente presentó en el Ateneo de Sevilla la curiosísima novela de Caneiro La obra completa de Wilfredo Muriente, que antes había presentado en el Ateneo de Madrid.

En la mesa del Ateneo se produjo otra coincidencia, otro reencuentro. El nuevo presidente de la sección de Literatura, Miguel Cruz Giráldez, hizo el servicio militar en el bienio 1975-1976 en la base de Morón de la Frontera. Allí le cogió la muerte de Franco y allí estaba ya destinado el coronel José Clemente. Cruz Giráldez se ha reenganchado como reservista y cada verano se pone el uniforme de alférez para prestar servicios castrenses en el Museo del Ejército que dirige un general con nombre de novela de Pérez Galdós: Ángel Guerra.

El autor, su novela y Alberto Máximo Pérez Calero, presidente del Ateneo. JUAN CARLOS MUÑOZ

Fue la noche de los coroneles. Una noche mágica. Los coroneles Clemente y Caneiro en la mesa; entre el público, el coronel Luis Negro, madrileño de cuña, trianero de residencia, que eligió Sevilla ya en la reserva por ser el destino de su mujer, bióloga de profesión. Una investigadora a la que conoció en el madrileño instituto Beatriz Galindo donde eran profesores dos ilustres sevillanos: el poeta Vicente Aleixandre (Nobel de Literatura en 1977) y el historiador Antonio Domínguez Ortiz. También daba clases en ese instituto femenino el catedrático de Latín de la Universidad hispalense Juan Gil.

El coronel Negro conoce a Caneiro, el autor de la novela, porque ambos coincidieron en el Sáhara. "Nos cogió la descolonización", dice el novelista. Un tipo curioso. Empezando por sus credenciales geográficos. Su apellido, Caneiro, viene de Cedeira, población coruñesa de pescadores, cercana a Ortigueira, una población que aparece en la novela como cuna de uno de los personajes, carnicero de oficio. Al futuro coronel lo concibieron en Punta Paloma (Tarifa), nació en Barcelona, pasó la infancia en Marruecos; en Torrejón dirigió una escuadrilla de aviones Phantom; en la actualidad, en su crepúsculo militar, en su juventud literaria, enseña Filosofía de la Guerra en el instituto universitario Gutiérrez Mellado de la Universidad a Distancia.

Los que compraron su novela en el Ateneo recibieron una propina muy especial: otro libro del autor, perteneciente al género del ensayo, titulado La racionalidad de la guerra, con el kantiano subtítulo de Borrador para una crítica de la razón bélica. Es una síntesis de su tesis doctoral, que dedicó al concepto de la guerra en Clausewitz desde la óptica de la deconstrucción de Jacques Derrida. Si la eficacia intelectual de un militar se mide por la pervivencia de una de sus frases, Clausewitz estaría sin duda al frente de esa élite. Su sentencia ya figura en letras de molde: "La guerra es la continuación de la política por otros medios". García Caneiro es también militar y filósofo, como Clausewitz. Y si éste combatió contra Napoleón en batallas como Austerlitz, Borodino o Waterloo, el novelista también participó en una guerra "por muy pequeñita que fuera (nunca se admitió que aquello era una guerra) y en la que, a veces, no se sabía quién era el enemigo, pero donde la violencia estuvo tan presente como en cualquier otra...". Se refiere a su participación en la mal llamada y peor llevada descolonización del Sáhara, escenario al que también dedicó su relato La baliza de Sidi Maula. El escritor pilotó muchas veces el espacio aéreo que separaba El Aaiún de Villa Cisneros.

Tres coroneles de Aviación en puertas de la Feria más aérea de toda la historia, con un avión incrustado en la portada. La obra completa de Wilfredo Muriente transcurre en Costa Verde, un país centroamericano imaginario, y a partir del donoso escrutinio con cura y sin barberos de los libros que arroja al fuego un sacristán se descubre un caso de plagio con las letras españolas. Cela, Delibes o Sánchez Ferlosio son personajes de la novela, que emulando la tesis de Nancy de Sender construye la tesis de Susan, una estudiante de la Universidad de Illinois de apellido O'Hollowhead (Cabeza Hueca en inglés) que se mete en las entrañas de la literatura española de posguerra y los sucesivos realismos. En la novela hay hasta un coronel que asciende a ministro. El coronel no tiene quien la escriba. Se basta él solito. Al final, se brindó con un vino. Lástima que no fuera un coronel de El Rinconcillo.